



JOHN KENNETH GALBRAITH, VISTO POR LEVING

"El triunfo"

por John Kenneth Galbraith

y 3

LA VUELTA DE MARTINEZ

Puerto Santos—capital, Flores— es un país de América Latina que no figura en ningún mapa. Allí acaba de desarrollarse una revolución. A pesar del apoyo norteamericano, Luis Miguel Martínez, dictador estúpido, cruel y rapaz, ha sido derribado por los partidarios de José María Miró. Es un fracaso de la política exterior americana, pero mucho más acuciante para Grant Worthing Campbell, secretario de Estado para Asuntos Interamericanos, y para Pethwick, em-

bajador en Puerto Santos. Estos dos cansados diplomáticos defendieron siempre a Martínez; obsesivamente anticomunistas, acusan, sin ningún motivo, a Miró y a su aliado, Aragón, de ser hombres de Moscú. El éxito del nuevo gobierno demostrará que se equivocaron y significará el final de su carrera. También se muestran muy descontentos por el éxito de Miró. En Puerto Santos, con toda seguridad, se piensa de otro modo.

LOS puertosantinos saboreaban el gusto de la libertad. Aquí se impone una explicación: generalmente, en los medios biempensantes de Estados Unidos, se cree que la libertad es un bien que reclaman sobre todo quienes quieren impedir que el gobierno se lance a gastos inútiles y agobie bajo los impuestos a las empresas privadas. Lo que haría que los pobres no sintieran gran necesidad de libertad (...).

Y, sin embargo, existe un número asombroso de individuos, al margen de los anglosajones bien nacidos y bien criados, a los que les gusta decir lo que piensan y, en su caso, escuchar a los que hacen lo mismo sin por ello estar seguros de ir a la cárcel. Así ocurría en Puerto Santos.

Luis Madera, nuevo ministro del Interior (...), resultó ser un hombre enérgico y, una vez nombrado, no volvió a emborracharse casi nunca. Hizo detener y juzgar a los más sádicos jefes de la Policía; recibió órdenes de tratar a los ciudadanos con más consideración, y los culpables más notorios de brutalidades policíacas fueron localizados y destituidos. En Flores era una broma corriente el preguntarse por qué diablos existía un ministerio de Marina y, sobre todo, un ministerio de Justicia. Miró rogó a los jueces de la era Martínez que presentaran su dimisión, medida que se extendió a todo el mundo judicial de Puerto Santos. Sólo repuso en sus funciones a los menos ignorantes y a los que parecían mínimamente capaces de distinguir la inocencia del crimen (...).

Miró procedió a otras reformas útiles (...). Se hicieron desagües, tanto en las provincias como en el propio Flores. Se repararon las canalizaciones y el agua volvió a correr en las fuentes públicas. Se fijó el límite que no podrían sobrepasar los alquileres de las chabolas de hojalata y, para dejar bien sentada la importancia de esta medida, cuatro propietarios de Flores y dos de Santos fueron llevados ante los nuevos tribunales unas semanas más tarde, y sancionados con una fuerte multa por violación del decreto. Su indignación no conocía límites, no tanto a causa de la multa, sino en cuanto que todo el mundo supo que ellos eran los propietarios de las horribles barracas (...).

Por sorprendente que parezca, los negocios empezaron a prosperar en Flores. Hacía años que las sociedades comerciales, tanto extranjeras como locales, llevaban a cabo todas sus transacciones, teniendo en cuenta los saqueos operados por el régimen Martínez. Algunos negociantes consideraban hartamente imprudente dejar el dinero en el país, aunque no fuera más que veinticuatro horas. Ahora se abría paso un ligero sentimiento de seguridad, y aunque Puerto Santos no pareciera aún a las sociedades de import-export locales y extranjeras un paraíso, hubo un movimiento a favor de un poco de audacia (...).

Se observó con asombro que uno de los primeros triunfos fue el de Roberto Ryan, nuevo ministro de Instrucción Pública. Si había una cosa que los habitantes de Puerto Santos desearan por encima de todo eran escuelas. Este deseo no se debía a la simple curiosidad intelectual ni a una innata necesidad de participación en el saber universal. Se debía, sencillamente, a que la gente del país se había dado cuenta, como todas las poblaciones del mundo, de que los individuos que saben leer y escribir, generalmente, encuentran trabajo, y de que los que han ido más tiempo a la escuela encuentran los mejores puestos, incluso en oficinas. Ni un solo hombre de Puerto Santos era ajeno a la experiencia de que, al buscar trabajo, se le preguntara por su grado de instrucción. Debido a ello, no existía en toda la República un lugar lo suficientemente apartado o atrasado como para que en él no se comprendiera la importancia de la instrucción.

Roberto Ryan logró conseguir unos miles de dólares para comprar libros y se fue a buscarlos a México. Entonces empezó a formar grupos con la gente que sabía leer y escribir, creando comités de instrucción pública. Operó muy simplemente, dejando que cada comité eligiera a uno de sus miembros como director. El director o la directora elegidos reunían entonces a los niños del pueblo y distribuían a los miembros de los comités sus tareas de maestros (...).

(Pasan unas semanas. Para intentar lograr que los Estados Unidos le concedan la misma ayuda material que otorgaban a Martínez, Miró envía a Washington a su ministro de Hacienda, Andrés Medina. Campbell se las arregla para no recibirle.)

E

L día de aquella cita aplazada con el ministro de Hacienda de Puerto Santos había muy poca gente en la sala en que se reúne, alrededor de una inmensa mesa de caoba cubierta por un tapete verde, la comisión de

Asuntos Exteriores de la Cámara. Ciertamente representante demócrata, que no aparecía más que cuando el debate se centraba en Israel y los países árabes, no había venido, naturalmente. Lo mismo ocurría con un republicano que, desde hacía dieciocho años, no asistía más que a las sesiones en las que se trataba de reconocer a la China Popular, para votar en contra. Otros diputados habían pensado simplemente que habría un aplazamiento y se habían marchado en jira de inspección a París, Roma, Londres, Madrid, Miami y otras ciudades de alta importancia estratégica para Estados Unidos. Entre los asistentes había un diputado que no sabía muy bien dónde se encontraba Puerto Santos. Se lo enseñaron en un atlas, que ya no dejó de estudiar con evidentes muestras de interés (...).

Pero nada de todo aquello enturbió la serenidad de Worth Campbell. Se sabía la canción desde hacía tiempo. Sin embargo, aquel incidente le impulsó a exponer la situación de Puerto Santos de modo enérgico. Insistió en los compromisos aceptados por los Estados Unidos con vistas a favorecer el desarrollo de una democracia ordenada e ilustrada en los países de América Latina. Recordó la importancia que atribuimos a la verdadera democracia, que no sea una tapadera para la infiltración comunista. Lo que nos interesa es resistir siempre y en todas partes a las actividades de los comunistas. Ceder en este punto constituiría una falta irreparable, como lo han demostrado los acontecimientos. Después de recordar que los debates serían objeto de ulterior votación repitió sin ambages que veía muy mal el porvenir de algunos de los actuales dirigentes de Puerto Santos. Que, tratárase de Checoslovaquia, de Polonia, de Hungría, de Bulgaria, de Albania, siempre la policía había desempeñado un papel esencial en la victoria final de los comunistas. Y el dominio de la Educación Nacional había consolidado su tarea. Pues bien, las cosas estaban tomando el mismo giro en Puerto Santos (...).

Como siempre, las primeras preguntas planteadas carecían de interés (...).

Sin embargo, la palabra acabó por corresponder a dos jóvenes diputados, sentados al extremo de la mesa (...).

—¿No cree usted, señor ministro —preguntó uno de ellos— que es un poco imprudente llevar demasiado lejos las comparaciones con el pasado? ¿No será usted de los que, cuando el presidente Kennedy confió el ministerio de Justicia y el FBI a su hermano Edward, pensaron que estaba preparando una invasión comunista?

La respuesta del subsecretario fue casi demasiado amable.

—Creo, querido diputado, que nuestras tradiciones difieren ligeramente de las de una república de América Latina. Y permítame que añada que creo que se ha equivocado usted de Kennedy.

Una ola de risas acogió esta respuesta de Campbell, pero no por ello el diputado se desconcertó.

—Perdone, pero de todas formas se dice que son intercambiables. Y si considera imprudentes las comparaciones con el pasado, ¿por qué compara usted Puerto Santos con Checoslovaquia?

—Por la sencilla razón de que el partido comunista ha trabajado y trabaja aún abiertamente en los dos países, y de que pensamos que en ambos persigue exactamente el mismo fin.

Una vez más, la reacción de los asistentes demostró que Campbell se había marcado un tanto. Pero el interpelador era contumaz. Era como la mayoría de los parlamentarios que, una vez que poseen ciertas informaciones, se esfuerzan en explotarlas al máximo.

—¿Es exacto afirmar que los comunistas persiguen siempre los mismos fines, señor ministro? Creo recordar que Kruschef no estaba de acuerdo con los fines de Stalin, y que los chinos no aprueban los fines de los rusos, y que en la propia China la «revolución cultural» de Mao parece perseguir unos fines y los demás chinos otros. En este mismo momento los rusos y los chinos parecen pensar que Fidel Castro no persigue finalidad alguna. ¿Qué responde usted a todo esto?

—Usted ya sabe, querido colega, o debería saberlo, que sean cuales sean las discusiones internas entre comunistas siempre están de acuerdo para destruir al mundo libre.

Estaba claro que los dos compadres se habían puesto de acuerdo, ya que, en cuanto el primero dejó de hablar, el otro colocó su pregunta.

—Cuando dice usted, señor ministro, que no debemos ceder en ningún terreno, que cualquier concesión se volvería contra nosotros, ¿no

está usted condenando la actitud de nuestro gobierno cuando la crisis de las rampas de lanzamiento de Cuba? Si la memoria no me falla, hemos cedido algún terreno, lo mismo que lo han hecho los rusos. Y nadie ha escatimado los elogios a este doble retroceso.

—Sin embargo, parece haber quedado probado que son, sobre todo, los rusos los que han cedido —respondió Worth Campbell, que se sentía invadido por la ira.

Había llegado el momento de recurrir a la sangre fría. Ahora o nunca.

—Pues bien, ¿acaso eso les ha llevado a una serie ininterrumpida de capitulaciones del tipo de las que usted teme?

La voz de Campbell se hizo más incisiva.

—Le prevengo, caballero, de que yo he venido aquí para hablar de la política exterior de los Estados Unidos, y no de la de la Unión Soviética (...).

—Me doy perfecta cuenta de que lo que ahora nos preocupa es Puerto Santos —dijo el segundo diputado— y sé hasta qué punto usted y el ministro temen que se reproduzca un nuevo Munich. Pero he leído en los periódicos que Miró es un gran tipo. ¿No se podrían correr algunos riesgos y ayudarlo a arreglárselas?

(Apoyado por una prensa aún más anticomunista que él, Campbell logró que se adoptara su punto de vista: llevar una política de espera vigilante respecto a Puerto Santos, es decir, estrangular el gobierno "comunista" de Miró. Y, como sustituto de éste, pensaba en el hijo del dictador huido, Juan César Martínez, estudiante, aparentemente inofensivo, de la universidad Ann Arbor, de Michigan, que había regresado a Puerto Santos "para ver a su madre". No le faltaba más que convencer al presidente de los Estados Unidos.)

E

N Washington, el presidente habría podido quejarse de la publicidad prematura dada al asunto de Puerto Santos, que limitaba sus posibilidades de maniobra: si se pronunciaba a favor de Miró, se sabría que lo había hecho a pesar de la opinión de sus consejeros y resultaría evidente que se había negado a creer en un peligro comunista. Ahora bien, éste es un reproche que todos los presidentes aborrecen, y esto sin contar que si por casualidad los rojos se apoderaban un día del poder, mucha gente recordaría que él se había negado a escuchar a los especialistas (...). Cuando el informe preparado por Worth Campbell llegó a la Casa Blanca lo leyó atentamente, y no le irritó excesivamente el encontrar que se aproximaba bastante a lo que había esperado.

MEMORANDUM PARA EL PRESIDENTE

Conforme a la petición dirigida al subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos y coordinador de los Estados Unidos cerca de la Alianza para el Progreso, tenemos el honor de presentar...

Lamentamos que este informe no haya podido ser remitido más pronto. Pero era indispensable un examen en profundidad...

Es inevitable que un asunto tan complejo como nuestra actitud respecto de Puerto Santos y del gobierno provisional que allí se ha instalado, después de la caída del presidente Luis Miguel Martínez Obregón, suscite reacciones contradictorias. Sin embargo, la opinión motivada y predominante de las personas consultadas y de los organismos a los que representan es que todo reconocimiento actual del gobierno revolucionario y toda ayuda económica que les aportáramos expondría a demasiados graves peligros al hemisferio norteamericano y a la seguridad del mundo libre...

La presencia, en varios ministerios fundamentales del gabinete Miró, de hombres conocidos como miembros del partido comunista, o de los que se sospecha que pertenecen a él...

... a sabiendas de que no es la solución ideal, no por ello dejamos de recomendar que se siga con nuestra política actual de espera vigilante.

... si el gobierno Miró demostrara que está dispuesto a deshacerse de elementos eventualmente hostiles, no seríamos contrarios a una rápida revisión de nuestra política actual...

Naturalmente, en el caso de que se nos pidiera información suplementaria, nos apresuraríamos a...

Al presidente le había llamado la atención el pasaje en el que se hablaba de «la opinión motivada y predominante», y no por ello se quedó tranquilo. A veces la opinión motivada y predominante se había equivocado. Ella fue la que garantizó el éxito del desembarco en Bahía Cochinos. Ella la que afirmó que un puñado de americanos bastaría para pacificar el Vietnam, y que Juan Bosch era

LA VUELTA DE MARTINEZ

un peligro para el mudo libre. Probablemente, el presidente se hubiera inquietado aún más si hubiera sabido cómo se había llegado a un acuerdo sobre Puerto Santos. La mención de una «opinión predominante» significaba también que el presidente se enfrentaría a una falange de especialistas y de altos funcionarios si intentaba ir al fondo del asunto. Entonces se vería obligado a llevar la investigación realmente muy lejos, ya que de otro modo parecería ir arbitrariamente contra corriente de todas las opiniones sablamente dosificadas de los miembros del gobierno. Al mismo tiempo, había que pensar en Israel, en Egipto, en Siria, en una nueva crisis africana, en el crecimiento de la población de la India, frente a su falta de recursos alimenticios, sin hablar del misterio que representaba la China, o del presupuesto, o del mensaje sobre el Estado de la Unión, o de la situación eternamente basculante del comité nacional. ¿Cómo encontrar en medio de todo esto el tiempo de ocuparse de Puerto Santos? En su terreno perpendicular, Worth Campbell gozaba de formidable poder. Pero, en justicia, hay que destacar que nunca se dio mucha cuenta de ello.

Los periódicos fueron autorizados a publicar un breve comunicado precisando que, de momento, no se preveía ningún cambio de política respecto de Puerto Santos, y esta noticia sembró la consternación en Flores.

En el ejército de Puerto Santos existía la costumbre de prolongar generosamente los permisos de Navidad hasta el día de Reyes. Aquel año las autoridades se mostraron especialmente generosas. Se aprovechó el período en que los hombres y los oficiales de los regimientos considerados fieles a Miró y al gobierno provisional estaban de vacaciones para dar orden a un regimiento —que intencionadamente se había mantenido estacionado sobre el terreno— de ir a palacio y detener a Miró y a media docena de miembros de su gabinete. Estos estaban examinando la situación financiera. Miró fue acusado de hacer el juego a los comunistas, de fomentar la propaganda subversiva y de ser incapaz de resolver las dificultades económicas del país. El mismo día fue embarcado en un avión con destino a Miami.

Los generales no habían olvidado las advertencias relativas a la falta de entusiasmo de los Estados Unidos por los gobiernos militares. Estaban resueltos a hacerse ver con buenos ojos y se acordaban de las buenas relaciones existentes entre Flores y Washington en tiempos del precedente gobierno. En consecuencia, enviaron emisarios a un rancho situado a veinte o treinta kilómetros de Flores, en el que vivía la mujer del ex dictador desde hacía años, para que rogasen al joven Juan César Martínez que les acompañara a palacio. Este no se hizo de rogar, admitiendo que hubiera podido elegir. El general Pérez, hablando en nombre de sus colegas, le pidió que aceptara ser presidente provisional de un gobierno formado por militares y civiles. Los generales añadieron que esta carga se adecuaba a los altos destinos de la familia, y le hicieron comprender que sus funciones no serían demasiado absorbentes. Todas las decisiones y la mayor parte de la administración se repartirían entre los amigos y los colaboradores fieles que le rodeaban. Era joven. Le quedaría tiempo para divertirse. Se habían visto obligados a tomar las riendas del poder para prevenir la inminente amenaza del comunismo, del socialismo, del ateísmo y de la quiebra, especialmente dramática esta última, puesto que les afectaba directamente, aunque no hablaran de ello. Ellos se encargarían de llevar a cabo, por su bien y por su cuenta, la gran obra de renacimiento nacional. Y podían anunciarle otra cosa: Washington había dejado entender, de diversos modos, que los Estados Unidos serían favorables a este nuevo orden. El nombre de Martínez iba a galvanizar al país. ¿Podía hacer otra cosa que aceptar?

La reacción de Washington fue buena (...).

El reconocimiento de hecho del nuevo gobierno Martínez fue anunciado el 4 de enero, un día en que una tormenta de nieve como jamás se había conocido se abatió sobre Nebraska. El embajador y Mr. Pethwick, acreditados de nuevo según lo admiten los hábitos internacionales cerca del nuevo gobierno de Puerto Santos, tomaron el avión de la Panam con destino a Flores al día siguiente. Además de su mujer, Pethwick llevaba consigo algo mucho más interesante: un billetero bien repleto, que contenía un préstamo «a forfait» de veinte millones de dólares, destinado a ayudar al nuevo gobierno a pagar sus facturas, ya que se sospechaba que después de haber coqueteado durante meses con las extrañas empresas de la izquierda estaría corto de dinero (...).

El joven Martínez, muy dócil al principio, lo fue menos luego. Ya en enero anunciaba que Puerto Santos tendría un plan quinquenal. No pensaba inspirarse en los planes soviéticos, sino en los de la universidad de Harvard, que conocía gracias al proyecto establecido por el Servicio Consultivo de Desarrollo para el Pakistán, Irán y Colombia. Declaró que todas las sugerencias americanas serían bien

recibidas. En el curso de sus conversaciones con Pethwick, y más tarde con los periodistas, había recordado que el Instituto que había dirigido el doctor Worthing Campbell cuando era profesor de universidad había trabajado con especialistas de Harvard. Seguramente sería favorable a este plan quinquenal. Martínez creyó conveniente añadir que el doctor Campbell, precisamente ahora, era el presidente de la Alianza para el Progreso.

Al final de la misma semana, Martínez tomó otras dos decisiones aún mucho más sensacionales. En primer lugar, decidió que todos los bienes de los Martínez —centrales azucareras, fincas de café, explotaciones ganaderas, inmuebles urbanos, compañía petrolífera, minas de bauxita, manufactura de cemento, central hidroeléctrica, casas comerciales y sociedades de importación, con sus derechos de entrada franca de cigarrillos americanos, coca-cola, automóviles, productos farmacéuticos, aparatos eléctricos y edición latinoamericana del «Times»— pertenecerían en adelante al pueblo de Puerto Santos.

N

UNCA se había visto que el socialismo se implantara en ninguna parte tan total y rápidamente, con tan escasa violencia y con tan poca resistencia de parte de los propietarios. El acta de donación se convirtió en un plumazo. Por una vez, la toga resultó mucho más fuerte que la espada.

La reforma agraria, a la que Martínez se dedicó la semana siguiente, resultó apenas un poco más difícil. El era el propietario de casi todos los terrenos de valor, incluida la mayor parte del casco urbano. No quedaba más que un pequeño número de grandes propietarios. Los que habían sobrevivido a la era Martínez recibieron en compensación el valor íntegro de sus tierras, a la tarifa a que habían sido evaluadas por el fisco, en forma de bonos al tres por ciento no negociables y reembolsables en cincuenta años.

Washington siguió con interés todo el asunto, y Worth Campbell encargó a Pethwick de que informara, siempre dentro de una tónica de prudencia, sobre las intenciones del joven dictador. La conversación fue bastante larga. Martínez hizo notar que era en Estados Unidos donde aprendió que la gente rica tenía deberes para con la sociedad a la que pertenecía. Había oído enunciar ese principio en un discurso de apertura de curso pronunciado por un orador cuyo nombre había olvidado, y también por Henry Ford II e incluso —estaba seguro de ello— en una entrevista televisada del presidente Eisenhower. Se sentía moralmente obligado a poner en práctica las enseñanzas que había recibido de todos aquellos eminentes maestros del pensamiento americano. Además, consideraba injusto que se asimilara a la socialización de tierras y fábricas una donación de todos sus bienes hecha al país por el propietario (...).

Cuando Pethwick respondió que una situación en la que el gobierno fuera propietario de todos los bienes tentaba a la asimilación al comunismo, Juan Martínez replicó que el comunismo era un sistema completamente diferente, un estado social mucho más avanzado que el socialismo. El comunismo no podría existir hasta que todo rastro de las antiguas concepciones burguesas respecto al dinero hubieran desaparecido. Sólo los ignorantes confundían los dos sistemas. Esto se lo habían metido en la cabeza en una serie de conferencias que había seguido en Michigan sobre los sistemas económicos comparados. Aseguró a Pethwick que Puerto Santos estaba aún a mil leguas de estar preparado para el comunismo. Cuando dio cuenta de esta conversación, Pethwick se cuidó de cargar el acento en este último punto, que era probablemente el único que había comprendido más o menos.

Respecto de la reforma agraria, el joven Martínez se mostró igualmente tranquilizador.

—Se trata, señor embajador, de una reforma que había sido aconsejable en seis estudios consecutivos realizados por la universidad de Wisconsin, en tiempos de mi padre. Todos insistían en la necesidad de una realización rápida, como puede usted ver, y mi padre había prometido hacerla. Me han dicho que ustedes le tenían en muy alta estima (...).

Pethwick hizo una nueva visita a Martínez después de que éste conociera a la Unión Soviética, a Checoslovaquia, a Polonia, a Rumania, a Cuba, a China y a Hungría. Le tranquilizaron un poco las declaraciones de Martínez, que le garantizó que, excepto en lo que se refería

A PRUEBA DE CUALQUIER TIEMPO



trinchera lavypon

Ahora llueve igual que antes, ... pero llueve menos.
Y hace menos frío. Y se siente menos el viento.

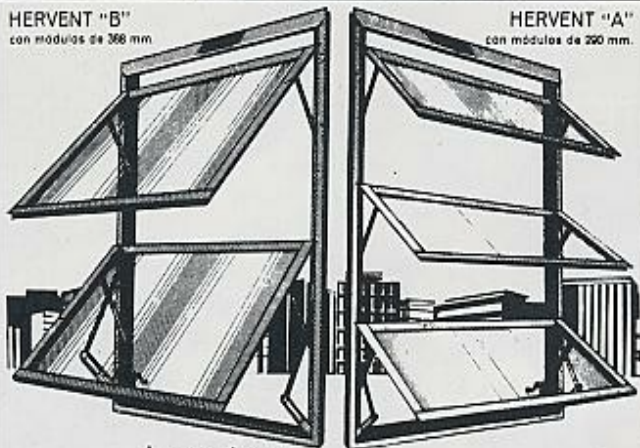
Ahora, se lleva la nueva trinchera "LAVYPON",
de calidad y elegancia a prueba de cualquier tiempo.



es de
S.A. *Viladomin*

HERVENT "B"
con módulos de 368 mm

HERVENT "A"
con módulos de 290 mm



La ventana

HERVENT

nueva aportación a la arquitectura actual

una medida para cada proyecto y 2 soluciones para cada medida. Arquitectos, aparejadores, constructoras, decoradoras, tienen en la ventana HERVENT una solución altamente práctica y sumamente decorativa.

• Marcos basculantes y cierre hermético • Aluminio anodizado a profundidad • Sencillez de aplicación • De fácil adaptación.

LUMINOSA - HERMETICA - DECORATIVA

Fabricado por **GRAVENT S.A.** Mallorca, 410-412 Barcelona-13

OTROS FABRICADOS DE **GRAVENT S.A.**

Ventanas celosías **GRAVENT**
Mamparas para baño **madirón**
Carpintería de aluminio **GRAVENT**

¡Proteja su salud!

URODONAL disuelve el ácido úrico acumulado después de comidas copiosas.

URODONAL desintoxica su organismo.



CPS: 4.363

URODONAL

GRANULADO EFERVESCENTE

CONSULTE A SU MEDICO

LA VUELTA DE MARTINEZ

a Cuba y China, no había hecho más que ajustarse a la política de Washington, tendente a establecer lazos con la Europa del Este. En lo que se refiere a Cuba y China, citó una declaración del ministro de Asuntos Exteriores diciendo que la costumbre americana autoriza el reconocimiento diplomático de un gobierno sin que ello signifique aprobar su régimen. El no había hecho más que seguir la costumbre americana.

P

ETHWICK volvió a palacio el día en que Martínez anunció que las escuelas de los palmares iban a ser sustituidas por nuevas escuelas de acuerdo con la doctrina del nuevo partido político, que se ocuparían al mismo

tiempo de la enseñanza popular y de la formación política, y que serían obligatorias para la juventud. La instrucción obligatoria era, según hizo notar Martínez a Pethwick, una vieja idea americana, y cuando él estaba en Estados Unidos había oído a mucha gente insistir sobre la importancia de una formación cívica, tanto para los jóvenes como para los adultos (...).

Pethwick volvió a sentirse tranquilo, aunque no por completo.

Washington, sin embargo, no las tenía todas consigo. Cuando, en el mes de febrero, Martínez jubiló a todos los oficiales antiguos y anunció que en adelante el ejército se llamaría milicia, y cuando, más tarde, colocó al frente de dicha milicia a uno de sus más fervorosos partidarios, un activista llamado Aragón, Pethwick recibió orden de dar a conocer del modo más terminante el descontento de Washington. Martínez explicó entonces a Pethwick sus recursos para emplearlos en cosas más importantes. Este era un tema corriente en Michigan, en las clases sobre desarrollo económico, donde se enseñaba que los ejércitos eran una carga inútil que se comía los recursos de los países pobres. Pero esta explicación no fue aceptada. Ni tampoco sus afirmaciones en el sentido de que para esta reforma de la organización se había inspirado en la de la Guardia Nacional. Tampoco se aceptó lo que dijo respecto a Aragón, que le había elegido porque, enfrentado con el mismo problema que el Pentágono, necesitaba a alguien lo bastante fuerte como para tener a raya a los paisanos. Pethwick fue llamado a Washington para una consulta (...).

El director general de Asuntos Exteriores había ido de nuevo a dar una vuelta a la oficina del subsecretario adjunto de la Administración.

—¿Es cierto —preguntó— que Pethwick va a Irlanda?

—Exacto.

—Se ha lucido en esta segunda partida que ha jugado en Flores. El joven Martínez se lo ha metido en el bolsillo.

—Creo que Irlanda es buen sitio para él. Es un país lo suficientemente agradable como para que no parezca que quien es enviado a él ha caído en desgracia, y no lo suficientemente importante como para ser considerado uno de los grandes en las alturas. No podían mandarle a Francia, ni a España, ni a Portugal, ni a Formosa.

—No, desde luego. A ninguno de esos países. Pero yo sigo creyendo que estaría más en su sitio como profesor de universidad. ¿Crees que el día en que muera De Valera, Pethwick también podrá marcharse?

—Con esas cosas no se bromea. ¿Tú crees que Worth será un buen subsecretario?

El futuro nos dirá si Worth Campbell tenía madera de buen subsecretario. En todo caso, él no se queja de este ascenso. En el transcurso de las guerras contra la conspiración comunista internacional es inevitable que, como en todas las guerras, haya alguna derrota. Lo importante es que las naciones libres, sacando enseñanza de estas derrotas, aprieten sus filas, y que los gobiernos libres hagan lo mismo. El no se queja de haber sacado provecho de semejante movimiento de solidaridad. Campbell lamenta tanto como el que más lo que ha ocurrido en Flores. Se dice a sí mismo que él tenía razón respecto al peligro comunista, y no ese jovencuelo que no sabe lo que quiere. Ahora tenemos la prueba de que este peligro existe (...).

FIN

Copyright 1963, by John Kenneth Galbraith.
Copyright 1969, Plaza & Janés, S. A., editores.